

# **Experiencia, cultura y conciencia de clase. Aproximaciones teórico-metodológicas para el estudio de la clase obrera azucarera tucumana y su relación con el PRT-ERP entre 1966 y 1975.**

Avance de investigación

Grupo de Trabajo 16: Metodología y Epistemología de las Ciencias Sociales

Alejandra Pisani  
Conicet-UBA

## **Resumen:**

La ponencia propone una reflexión crítica acerca los lineamientos teórico-metodológicos que orientan la investigación en curso, cuyo objetivo es caracterizar la relación entre la clase obrera azucarera tucumana y el PRT-ERP en el proceso de lucha de clases desarrollado en Tucumán, Argentina, entre 1966 y 1975. Se estructura en torno a dos ejes: la reflexión acerca de los aportes de la historia oral como herramienta metodológica; y el abordaje de los desafíos que implica el estudio de la conciencia de clase. Se problematizan las nociones de “cultura”, “conciencia” y “experiencia” de clase; se proponen definiciones operativas de estos conceptos y se plantean estrategias de aproximación a los mismos.

**Palabras clave:** CULTURA OBRERA - CONCIENCIA DE CLASE - HISTORIA ORAL

## **Introducción**

El presente escrito se propone fundamentar algunos de los lineamientos teórico-metodológicos que orientan la investigación doctoral en curso, cuyo objetivo es caracterizar la relación entre la clase obrera azucarera tucumana y el Partido Revolucionario de los Trabajadores- Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) en el proceso de lucha de clases desarrollado en Tucumán, Argentina, entre 1966 y 1975. A través de esta caracterización se busca analizar las condiciones que hacen a la constitución de identidades socio-políticas de izquierda marxista entre los trabajadores con posterioridad a la clausura de sus canales tradicionales de expresión política y a la reestructuración socioeconómica provincial. Uno de los principales objetivos es determinar el papel desempeñado por la cultura y las significaciones atribuidas a la experiencia histórica de lucha en dicha constitución y su incidencia en los diferentes modos de vinculación entre los trabajadores y el PRT-ERP.

La hipótesis general que guía la investigación es que la dinámica de la lucha de clases en el período muestra que la clausura de los canales tradicionales de expresión política de la clase obrera y la desarticulación de las bases materiales de sustentación del poder de su principal organización de lucha, la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), constituyen elementos necesarios pero insuficientes para explicar la influencia del PRT-ERP entre los trabajadores azucareros en el período analizado. Esta relación resulta además de una articulación, construida en el período previo, entre ciertos aspectos de la cultura de la clase y la ideología encarnada por la organización. En este sentido, se sostiene que la influencia del PRT-ERP tras la desarticulación de la capacidad de lucha de la FOTIA encuentra fundamento en la persistencia de una cultura obrera marcada por una fuerte noción de “nosotros versus otros” que permitió una lectura de la realidad en términos de antagonismo social y, además, que esta cultura fue forjada en y desde una experiencia de lucha de la que el PRT formó parte.

Desde esta perspectiva, se considera que tanto la ideología del PRT como la cultura de la clase obrera azucarera tucumana constituyen instancias dinámicas y mutuamente relacionadas entre sí: la eficacia de la ideología del partido radicó en su capacidad para interpelar exitosamente la trama de significaciones que conformaba la cultura de los trabajadores. Pero esta capacidad, a su vez, devino de que dicha ideología no constituyó una realidad fija y exterior a clase, sino una forma de elaboración y racionalización de la experiencia de los trabajadores que, con aciertos y errores, fue construida en y desde esa experiencia de lucha.

Dada la relevancia que adquiere el estudio de la cultura y de las formas de construcción identitarias de la clase obrera azucarera tucumana en la investigación, la ponencia se propone delimitar el alcance de los conceptos de experiencia, cultura, y conciencia de clase y plantear posibles articulaciones entre estos conceptos en miras de su aplicación al estudio de caso propuesto.

### **Cultura, experiencia y conciencia de clase.**

Williams (2008) define a la cultura como una experiencia ordinaria, es decir, como una experiencia de la que todos los hombres participan en su quehacer cotidiano. Frente a las visiones más tradicionales que ubican a la cultura como un espacio excepcional donde se producen las grandes obras de la humanidad, la entiende como el conjunto de significados y orientaciones en función de los cuales los hombres comprenden el mundo. En esta definición, la exclusión de la clase obrera de las instituciones a las que la clase burguesa asigna el rótulo de “culturales” (educativas, literarias, sociales, etc.) no supone su exclusión de “la” cultura. No todos los aspectos de la cultura son “burgueses”, la cultura no es un bloque homogéneo, existen instituciones y significados comunes que no son resultado exclusivo de la burguesía y un modo de vida de la clase trabajadora que puede ser distinguido del burgués (p. 44-45).

Este modo de concebir la cultura puede pensarse en relación con la concepción gramsciana de la filosofía como una actividad común a todos los hombres. Para Gramsci (1971 y 2009) la filosofía es irreductible a la elaboración individual de conceptos sistemáticamente coherentes y debe entenderse como “concepción del mundo”, es decir, como el conjunto de elementos a partir de los cuales los hombres otorgan sentido a la realidad y orientan sus acciones. Entendida de este modo, la filosofía se halla contenida en el lenguaje, en el sentido común y el “buen sentido”, en la religión popular y en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiestan en el ‘folklore’. Para Gramsci no existe una diferencia cualitativa entre filosofía, ideología, sentido común, religión y folklore. Todas estas instancias constituyen “concepciones del mundo” que sólo se distinguen por su grado de articulación, sistematicidad y coherencia. Esta idea lo lleva a afirmar que “todos los hombres son intelectuales” aunque no todos desempeñen esa función social. Esto es así porque no hay actividad humana de la que se pueda excluir toda función intelectual y porque en cualquier manifestación intelectual se halla contenida una determinada concepción del mundo. De este modo, el concepto de cultura de Williams y el de filosofía de Gramsci coinciden en ubicar a estas instancias como procesos ordinarios experimentados por todos los hombres en su quehacer cotidiano. Sin embargo, esto no implica que todos los seres humanos experimenten la cultura del mismo modo, ni que las concepciones del mundo sean idénticas para todos los grupos sociales. Atendiendo a esta heterogeneidad podemos preguntarnos ¿Es posible hablar de una cultura de la clase obrera? y si esto es así ¿Qué atributos definen esa cultura?, ¿Cómo se conforma?, en síntesis, ¿Qué relación existe entre cultura, experiencia y conciencia de clase?

El planteo de estas preguntas presupone una lectura de la realidad social en términos de lucha de clases. En otras palabras, implica que el concepto de clase social puede funcionar como concepto ordenador capaz dar sentido a la heterogeneidad de significados y orientaciones prácticas que configuran y definen “cultura” y “visión del mundo” en los planteos antes referidos. Ahora bien ¿cómo

entender el concepto de clase social? Sin pretender agotar este complejo problema, se esbozarán aquí algunos lineamientos a fin de establecer una definición tentativa que permita abordar la problemática planteada.

Marx no proporciona una definición formal de esta categoría. Si bien esto trae aparejados numerosos inconvenientes, la ausencia puede ser entendida como un indicador del modo en que Marx concebía las clases sociales: la no definición “abstracta” del concepto puede vincularse al hecho de que, para Marx, las clases constituyen un fenómeno histórico que sólo puede comprenderse en el marco del proceso social en el que cobra existencia y se desarrolla. De ahí que la mayoría de sus especificaciones partan de la existencia de dos clases sociales antagónicas: la burguesía y el proletariado. Marx (1970) ubica la existencia de estas clases como el resultado del desarrollo de la división del trabajo la cual, a su vez, encuentra fundamento en una violencia expropiatoria que despoja a los productores directos de la propiedad sobre sus medios de producción, produce la apropiación de estos medios por parte de la burguesía y elimina las relaciones que convertían a los trabajadores en propiedad de terceros. La expropiación de los medios de producción convierte a los trabajadores en proletarios y a los expropiadores en burguesía. Las clases se definen así como un fenómeno relacional e histórico: la posesión o no de los medios de producción se ubica como la frontera que define a las clases sociales. Pero la clase obrera no se presenta inmediatamente por el hecho de existir estructuralmente, en el planteo de Marx los individuos sólo conforman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común con otra clase, ya que por fuera de esta confrontación se enfrentan unos con otros hostilmente en el plano de la competencia. Las primeras formas de esta confrontación, a su vez, se producen de manera simultánea a la conformación estructural de la clase. (p.61)

De este modo, el concepto de clase social designa una relación sociohistórica que refiere a dos cuestiones íntimamente relacionadas entre sí: el posicionamiento estructural y la confrontación devenida de la percepción de la contradicción entre los propios intereses y los de la clase antagónica. Ambos sentidos asociados al concepto de clase aparecen condensados en un pasaje de El 18 brumario de Luis Bonaparte (2003), donde sostiene que “en la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellas forman una clase” (p.116). Este fragmento introduce nuevos elementos al concepto, además de la posición estructural y la confrontación, la clase se define por un “modo de vivir” y una cultura. Aunque ninguna de estas instancias aparece claramente definida, las mismas parecen ubicarse como mediación entre los dos elementos antes referidos. Este sentido es recuperado por Thompson (1989), quien define a las clases sociales como “un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados tanto en lo que se refiere a la materia prima de la experiencia como a la conciencia” (p.13). La experiencia es presentada en esta definición como “materia prima”, es decir, como uno de los elementos a partir del cual se configura la clase. En el caso de la clase obrera, puede pensarse que lo central de esta experiencia está dado por su posición estructural, es decir, por el trabajo en condiciones de explotación. La conciencia, por su parte, puede ser entendida como una forma de significación de esa experiencia.

Si esto es así, observar la realidad social a través del prisma del concepto de clase supone dar cuenta del modo concreto en que una serie de experiencias diferentes que tienen en común su condicionamiento estructural se articulan para dar lugar a un colectivo que percibe a sus propios intereses como contrarios a los de otro grupo social. La cuestión radica entonces en especificar cuáles son los procesos y las instancias que hacen posible esa unificación. Si bien esa especificación sólo puede resultar del estudio de experiencias históricas concretas, puede plantearse de manera tentativa que la cultura desempeña papel central dicho proceso en tanto constituye el espacio en el cual se definen los sentidos que hacen posible la confrontación.

Retomando el problema acerca de la relación entre cultura y experiencia es posible sostener que el establecimiento de la lucha común que configura a la clase como tal depende, en gran parte, del sentido que los sujetos que la componen otorguen a su situación objetiva. Sólo en la medida en que dicha situación sea concebida como injusta, no natural y, por lo tanto, factible de ser modificada a través de la acción colectiva, la experiencia de explotación dará lugar a una acción transformadora. Las formas de entender ese carácter injusto y los objetivos de las acciones de la clase son múltiples y varían históricamente, sin embargo, sin estas percepciones sería imposible la transformación de la clase económica en sujeto político. En este marco, la cultura obrera puede ubicarse como un espacio de mediación a través del cual las contradicciones estructurales se resuelven en confrontación social.

Por esta vía, se establece una relación de reciprocidad entre cultura y experiencia: por un lado, la cultura obrera encuentra anclaje en la especificidad de la experiencia de la clase; por otro lado, en la medida en que la cultura es el espacio de constitución de los sentidos que posibilitan la confrontación, incide sobre la experiencia de la clase transformándola.

Aproximarse al conocimiento de la cultura obrera desde esta perspectiva implica entonces aceptar que existen ciertos valores y orientaciones que se derivan, a través de múltiples mediaciones, de la situación objetiva de la clase. El proceso de trabajo se ubica así como uno de los ámbitos centrales de la experiencia de la clase y, por lo tanto, como un espacio central para el estudio de su cultura. Desde esta perspectiva, las condiciones en que las se desarrolla el trabajo en las condiciones de producción capitalista serían la base de dos atributos centrales de la cultura obrera: una solidaridad intra-clase, cuya base material estaría dada por su práctica transformadora de la realidad objetiva a través del trabajo con otros y la constitución de un “nosotros” frente a un “otros” derivada de su experiencia común de explotación. Sin embargo, el hecho de que el trabajo constituya el espacio donde se despliega la práctica fundamental de la clase no supone que su experiencia vital se reduzca a ese ámbito. En este sentido, para evitar miradas homogeneizantes y simplificadoras, el análisis de la cultura obrera debe tener en cuenta otras dimensiones de la experiencia, como aquellas que se despliegan al interior de las instituciones educativas, la familia, el barrio, las organizaciones políticas y sindicales y todos aquellos espacios que, en cada caso, se presenten como significativos.

Este modo de abordaje permite captar a cultura como un proceso complejo cuya unidad radica en la presencia de algún grado de impugnación a los valores de la cultura dominante y cuya heterogeneidad resulta de una diferencia en modos de procesar la experiencia de explotación que define estructuralmente a la clase obrera. Si esto es así, es posible pensar la heterogeneidad de las prácticas culturales obreras como expresión de diferentes formas de la conciencia de clase y, además, ubicar a la cultura obrera como un espacio de aproximación al estudio de la conciencia de clase.

Para dar cuenta del modo en que esto es posible es necesario primero especificar los términos en los que se entiende “conciencia de clase”. Una vez más, el abordaje de esta cuestión no tiene como objetivo agotar esta compleja problemática, sino establecer algunos lineamientos a partir de los cuales aproximarnos al tema planteado. Thompson define a la conciencia de clase como la forma en que se expresan las experiencias de la clase en términos culturales. Partiendo de esta definición, puede sostenerse que el concepto conciencia de clase refiere a los sentidos a través de los cuales los sujetos que conforman la clase comprenden su propia situación objetiva. En tanto esa situación supone una experiencia común que la distingue de la burguesía, las diferentes formas históricas de la conciencia se corresponderán con los diferentes modos de sentir y articular los propios intereses como comunes a la propia clase y diferentes a los de otros grupos sociales. La conciencia de clase puede definirse entonces como un conocimiento de la clase acerca de sus propios intereses y de la relación de los mismos con los intereses de la clase antagonica. Este conocimiento, a su vez, no constituiría un esclarecimiento ni una revelación sino una construcción compleja que se desarrolla en y desde la experiencia práctica de la lucha de clases. De este modo, conciencia y cultura no constituyen dominios mutuamente excluyentes: la conciencia de clase se expresa en el “proceso social total” de la cultura a través de

valores y modos de significación que operan como orientación en las acciones de los hombres (Williams, 2009, p.148).

Esta relación es la que permite ubicar a la cultura como un ámbito relevante para el estudio de la conciencia de clase. El análisis de los múltiples sentidos que la conforman la cultura permite especificar el modo en que la clase significa su propia posición objetiva y complejizar este estudio inscribiéndolo en la totalidad de su experiencia vital. Experiencia ésta que no sólo refiere a la actividad económica y política, sino también a los lazos familiares, vecinales, las actividades recreativas y todas aquellas esferas donde se desarrolla la vida de la clase. El estudio de la cultura permite, además, abordar aquellos aspectos de la conciencia que no encuentran plena articulación ni definición para los sujetos y que sin embargo operan en su práctica. Estos aspectos han sido denominados por Williams (2009) como “estructuras de sentimiento”, concepto que engloba a aquellos “elementos característicos de impulso, restricción y tono, elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no del sentimiento contra el pensamiento, sino del pensamiento tal y como es sentido y el sentimiento tal y como es pensado, una conciencia práctica de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada”. El concepto apunta al estudio de los significados y valores tal como son (o fueron) vividos y sentidos activamente por los sujetos y de sus relaciones variables con las creencias sistemáticas o formales. En este sentido, habilita la posibilidad de captar el carácter dinámico la experiencia al incluir aquellos aspectos que se hallan “en solución” y que se diferencian de “otras formaciones sociales sistemáticas que han sido precipitadas y resultan más evidente e inmediatamente asequibles” (p.181). Las estructuras de sentimiento pueden concebirse así como parte de la cultura, en tanto constituyen formas incipientes de significación que operan sobre la voluntad y las orientaciones de los hombres aunque no necesariamente de un modo conciente para ellos.

### **Aportes de la historia oral para el estudio de la cultura obrera y la conciencia de clase.**

Según lo planteado en el apartado anterior, el estudio la cultura obrera implica una aproximación al conjunto de significados y valores a través de los cuales los sujetos que componen la clase otorgan sentido al mundo y orientan sus acciones. De este modo, para conocer la cultura de un sector de la clase en un período determinado debemos comprender la subjetividad social de dicho grupo y el modo en que esta se despliega a través del tiempo. La historia oral<sup>1</sup> constituye una vía de acceso privilegiada a estas cuestiones, más aún cuando se trata de comprender una cultura tal y como fue vivida en el pasado. Las fuentes orales tienen la ventaja de proporcionar un acceso al mundo de la experiencia pasada y de ofrecer información fáctica escasamente documentada por otras fuentes. Esta información, tomando los recaudos metodológicos necesarios, permite reconstruir hechos históricos, complementar la información obtenida en otras fuentes y criticar los datos existentes. Uno de sus aportes fundamentales para el estudio de la cultura obrera es que permiten captar dimensiones generalmente inadvertidas en los documentos escritos, tales como los significados conferidos a las actividades cotidianas y del mundo del trabajo, el lenguaje, las creencias y los valores, permitiendo así mejorar nuestra comprensión los procesos históricos.

En el apartado anterior definimos “clase social” como un fenómeno relacional e histórico anclado en tres procesos: la posición estructural, la confrontación y un “modo de vivir” o cultura. Planteamos también que el último de estos procesos desempeña un papel central en la formación de la clase, en tanto espacio de mediación a través del cual las contradicciones estructurales se resuelven en confrontación social y que, en este sentido, el análisis de la cultura obrera constituye un espacio significativo para el estudio de la conciencia de clase. Teniendo en cuenta este planteo, nos proponemos aquí trazar algunos lineamientos teórico-metodológicos para abordar estas cuestiones en el

---

<sup>1</sup> Entendemos aquí a la historia oral como una técnica de investigación específica basada en la construcción y/o recopilación de fuentes orales para el estudio de una problemática socio-histórica particular (Mudrovic, 1999).

estudio de la clase obrera azucarera tucumana entre 1966 y 1975 a través de la utilización de la historia oral.

El problema de la conciencia de clase ha sido abordado muchas veces como algo que “avanza” o “retrocede” o que puede ser “verdadero” o “falso”, estas posiciones conciben a la conciencia como un proceso lineal y estático, reduciendo su complejidad y conduciendo a lecturas simplificadoras de los procesos sociales. Siguiendo los planteos de Pozzi y Schneider (2003) entendemos aquí que la conciencia constituye un proceso dinámico basado en la existencia material de los sujetos, cuyas transformaciones no se producen de manera lineal ni unívoca. La conciencia de clase es el resultado siempre “en solución” de un proceso complejo en el que las experiencias vividas en el lugar de trabajo, en el vecindario y en la familia se articulan a través de pautas culturales para dar lugar a una interpretación de la realidad, de los problemas que rodean a trabajador y de las posibles soluciones a esos problemas (p.299).

Uno de los principales inconvenientes al que nos enfrentamos a la hora de estudiar la conciencia es el de su caracterización. El abordaje de esta cuestión muchas veces se ha realizado a través de la observación de dos tipos de cuestiones: por un lado, el nivel de conflictividad social y el tipo de reivindicaciones planteadas y, por otro, la cantidad de adherentes al marxismo, medido en afiliaciones partidarias, resultados electorales (sindicales y políticas) y capacidad de movilización de las organizaciones marxistas. Si bien estos elementos permiten una aproximación general al problema, presentan algunos inconvenientes para el estudio de caso propuesto. En primer lugar, nos enfrentamos a un problema práctico vinculado a la escasez de documentos que permitan reconstruir las reivindicaciones planteadas en el período. Como es frecuente en la historia argentina, la destrucción sistemática de material documental por parte de los gobiernos militares y la ausencia de políticas destinadas a la conservación de documentos históricos tornan difícil el acceso a este tipo de fuentes. El segundo problema está vinculado a las características del sujeto colectivo que nos proponemos estudiar y tiene que ver con su comportamiento político en el período propuesto. Los avances de investigación realizados hasta el momento indican que las relaciones de los trabajadores con el PRT-ERP no siempre se tradujeron en militancia orgánica. Por el contrario, las entrevistas indican que existían múltiples formas de vinculación con esta organización que incluían la participación en acciones conjuntas, la realización de reuniones de “formación política” o la provisión de alimentos para la guerrilla. Estas actividades no sólo no suponían una adscripción formal a la organización sino que además, en muchos casos, eran realizadas por sujetos que se definían a sí mismos (y se continúan definiendo) como peronistas.

Además de estos problemas, los modos de abordaje antes descriptos presentan el inconveniente de soslayar aspectos centrales de la conciencia. Según lo antes planteado, la conciencia de clase constituye un fenómeno complejo que se expresa en el conjunto de relaciones sociales que definimos como cultura y que exceden ampliamente las afiliaciones políticas. Entender a la cultura obrera como un proceso “ordinario” y concebirla como expresión de la conciencia de clase, implica ubicar al universo significativo de la clase como un aspecto central para el conocimiento de su conciencia. De ahí que las fuentes escritas resulten insuficientes y de ahí también la relevancia de historia oral como técnica de investigación<sup>2</sup>.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta aquí sobre las ventajas de la historia oral para el estudio de la cultura y la conciencia obrera podemos preguntarnos ¿Qué aspectos de la cultura de la clase obrera nos permiten acceder al conocimiento de su conciencia? Sin duda una respuesta cabal a esta pregunta sólo puede resultar de un estudio minucioso y complejo del caso histórico en cuestión, no obstante es posible plantear algunos lineamientos generales para la aproximación a este problema. En el apartado

---

<sup>2</sup> Esta concepción acerca de la cultura opera también en el criterio de selección de entrevistados. Dado que lo que se propone investigar el modo en que experiencia viva y compleja de los trabajadores se manifiesta en su cultura y su conciencia, la selección de entrevistados está orientada fundamentalmente a activistas y trabajadores de base.

anterior planteamos que la cultura obrera se caracteriza por dos rasgos generales: en primer lugar, por la existencia de una solidaridad intra-clase gestada en la experiencia de producción y determinada, a través de múltiples mediaciones, por su posición estructural. En segundo lugar, por la percepción de un “nosotros versus otros”, anclada en la experiencia de explotación común. Si esto es así, puede plantearse la hipótesis de que es posible caracterizar la conciencia de un determinado sector de la clase en función de los contenidos concretos que asuman estos dos aspectos en su cultura en un momento histórico particular. Estos contenidos, a su vez, pueden ser analizados tomando como base la tipificación de las relaciones de fuerzas políticas realizada por Gramsci (2003) en los Cuadernos de la cárcel donde plantea que dichas relaciones pueden ser analizadas y divididas en diferentes grados correspondientes a distintos momentos de la conciencia política colectiva tal como se han manifestado hasta ahora en la historia, permitiendo así una valoración acerca del grado de homogeneidad, autoconciencia y organización alcanzado por diferentes grupos sociales<sup>3</sup>.

Analizando esta tipificación en relación con los rasgos de la cultura obrera antes mencionados, puede plantearse que cada uno ellos se corresponde con una forma de significación de la solidaridad intra-clase y con una forma de concebir la relación entre los intereses del propio grupo y el de otros grupos sociales. En el momento económico-corporativo, la solidaridad, es decir aquellos elementos en función de los cuales el sujeto se percibe a sí mismo como parte de un colectivo y define los límites de ese colectivo, se asientan en una percepción de intereses económicos comunes al propio grupo profesional. En otras palabras, el sujeto se significa a sí mismo como parte de un “nosotros” conformado por dicho grupo. Este “nosotros”, a su vez, define por la percepción de una solidaridad entre los intereses económicos de quienes lo conforman y excluye como “otros” a todos aquellos que no participan del mismo. En el segundo momento, los intereses en función de los cuales se constituye el “nosotros” continúan siendo de carácter económico, pero el colectivo conformado por la solidaridad de intereses se extiende hasta abarcar al conjunto de la clase. De este modo, se constituye un “nosotros” cuyo afuera constitutivo es burguesía, la que a su vez se define por la existencia de intereses económicos diferentes a los propios pero no irreconciliables con éstos, de ahí el papel asignado al Estado como garante de la igualdad político-jurídica. Finalmente, el tercer momento se caracteriza por la percepción de un “nosotros” que continúa incluyendo al conjunto de la clase, pero cuya delimitación se basa en una comunidad de intereses que excede el ámbito de lo económico para articularse con lo político. Este momento se define además por la percepción acerca de la necesidad de ampliar el propio colectivo incluyendo a otros grupos sociales. La relación entre los propios intereses y los de aquellos que quedan definidos como “otros” es significada en términos de antagonismo, es decir, los intereses de estos grupos no sólo se definen como diferentes sino, además, como irreconciliables con los propios.

Otro aspecto significativo a la hora de caracterizar la conciencia de clase es el que podría denominarse como “la historización del colectivo de pertenencia”. Si entendemos que la conciencia de la clase es el resultado, nunca acabado, de un proceso de aprendizaje práctico que se realiza en y desde la lucha de clases, la recuperación de la experiencia histórica se presenta como una dimensión central en tanto constituye una condición de posibilidad de la acumulación histórica del conocimiento sin la

---

<sup>3</sup> En este texto Gramsci sostiene que el primer grado, y el más elemental, es el económico corporativo. Se caracteriza por el sentimiento de unidad homogénea con el grupo profesional pero no con el grupo social más vasto en el que éste se integra, es decir, la clase. El segundo momento se caracteriza por la conciencia acerca de la solidaridad de intereses entre todos los miembros de la clase en el campo económico. En este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de lograr una igualdad política-jurídica con los grupos dominantes. Se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y hasta de modificarla, pero en permaneciendo al interior de los marcos de legalidad existentes. Por último, el tercer momento se caracteriza por la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites de la corporación de grupo puramente económico y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados.

cual la conciencia no podría desplegarse<sup>4</sup>. Por esta razón, a la hora de analizar la conciencia de un sector de la clase obrera no sólo es importante identificar los alcances del colectivo de pertenencia en el marco de su presente temporal sino también su delimitación en el plano histórico. Las fuentes orales nos permiten acceder a estas cuestiones y complejizar su estudio al ampliar el espectro del análisis más allá del modo en que quedaron cristalizados en los documentos escritos. Estos documentos, por su forma de construcción, suponen un nivel de articulación y de coherencia interna que no necesariamente se condice con la conciencia de los trabajadores. Esto no implica que los documentos de organizaciones políticas y sindicales sean irrelevantes para el análisis, por el contrario, resultan muy valiosos en tanto expresan procesos de elaboración colectiva o, cuando menos, algún tipo de aprobación (activa o pasiva) por parte de la clase. La ventaja de las fuentes orales reside en que permiten captar el modo en que estas significaciones operaban activamente en las prácticas cotidianas de los trabajadores.

Siguiendo esta línea, el análisis acerca de las formas de definición del colectivo de pertenencia y la relación entre el mismo y otros grupos sociales no puede basarse solamente en el estudio de la dimensión formal de la conciencia sino que debe contemplar, además, su dimensión práctica<sup>5</sup>. Para analizar la dinámica de la experiencia de la clase en un período determinado no basta con reconstruir las formas en que el sujeto que estamos investigando racionaliza su experiencia, es necesario además acceder al conjunto de valores que orientaban su práctica y que no necesariamente eran coherentes con esas racionalizaciones. Entre estos valores, resultan especialmente significativos aquellos vinculados a la solidaridad entre pares, ya que los mismos pueden considerarse como indicadores de la cohesión de la clase.

De esta forma, el modo de abordaje propuesto permite complejizar el estudio de la conciencia incorporando su dimensión práctica y reconstruir los valores que operaban en la experiencia aunque no necesariamente en forma conciente o con el grado de articulación propio de una ideología formal. La incorporación de estas dimensiones, nos permite captar a la conciencia en su dinamismo y concebirla como un proceso contradictorio, nunca acabado ni lineal ni unívoco que se desarrolla en y desde la experiencia de lucha. Estos aspectos resultan fundamentales para explicar la aparente contradicción entre la realización de múltiples acciones por parte de la clase que ponían en cuestión el sistema capitalista y la persistencia a su interior de identidades políticas no revolucionarias. El acceso a esta dimensión “práctica” de la conciencia, además, resulta fundamental a la hora de explicar la relación entre la clase obrera azucarera tucumana y el PRT-ERP, en tanto permite captar el modo que las estructuras de sentimiento de la clase y la ideología encarnada por esta organización lograron articularse en el proceso de lucha de clases desarrollado en el período. Esta articulación, a su vez, constituye una clave para comprender las diferentes formas que asumió esta vinculación (desde la militancia orgánica hasta la no delación de los guerrilleros en el monte tucumano por parte de los pobladores de la zona) y su aparente contradicción con la identidad política autoproclamada por una parte mayoritaria de la clase en el período. Finalmente, el abordaje de estas cuestiones aporta a complejizar el análisis del fenómeno de la lucha armada en la década de 1970 en tanto permite dar cuenta del modo en que el mismo se inscribió en la experiencia histórica de la clase.

---

<sup>4</sup> En esta clave puede comprenderse además que el quiebre de esta acumulación histórica de conocimiento haya sido uno de los objetivos fundamentales de la burguesía a lo largo de su historia.

<sup>5</sup> Esto no supone concebir a ambas dimensiones como esferas independientes sino contemplar el hecho de que aunque toda actividad práctica lleve incorporada una teoría y aunque no exista teoría al margen de la práctica, no necesariamente existe una relación conciente y directa entre estos elementos.



## Referencias bibliográficas:

- Adleson, Steven L.; Camarena, Mario; Ipaguirre Hilda (2008): “Historia social y testimonios orales”, en Necochea García, Gerardo y Pozzi, Pablo: *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia Oral*, Imago Mundi, Buenos Aires.
- Camarero, Hernan; Pozzi, Pablo; Schneider, Alejandro (2001): “Eppur si muove. De la realidad a la conceptualización en el estudio de la clase obrera argentina”, en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, v.16, n.1. Págs. 190-214.
- Campione, Daniel (2000) “Algunos términos utilizados por Gramsci”, en Cuadernos de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, Cuaderno Nro. 3, FISyP Ediciones, Buenos Aires.
- Cevasco, María Elisa (2003): *Para leer a Raymond Williams*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Chihu Amparán, Aquiles (1990): “La dialéctica voluntad-circunstancias en el marxismo y en Gramsci”, *revista Iztapalapa* No. 21, UAM-Iztapalapa, México, pp.187-204.
- Fraser, Ronald (1993) “La historia oral como historia desde abajo”, en *Ayer*, N° 12, Asociación de Historia Contemporánea, Marcial Pons editor, Madrid, pp. 79-92.
- Gramsci, Antonio (1971): *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Gramsci, Antonio (2003): *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Gramsci, Antonio (2009): *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Marx, Karl; Engels, Friedrich (1970): *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos
- Marx, Karl; Engels, Friedrich (2002): *Manifiesto comunista*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Marx, Karl (2003): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Prometeo Libros
- Marx, Karl (2009): “Prologo a la Contribución a la crítica de la economía política”, en *Introducción general a la crítica de la economía política/ 1857*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires.
- Marx, Karl (2011): “La llamada acumulación originaria”, en *El Capital*, Tomo I, Vol. 3. Buenos Aires: Siglo veintiuno. Págs. 891-967
- Mudrovic, María Inés (1999): “El recuerdo como conocimiento”, en *Selección de trabajos de las IX Jornadas de Epistemología e Historia de las Ciencias*, vol. 5, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Novelo, Victoria (1984): “La cultura obrera, una contrapropuesta cultural”, en *Nueva Antropología*, Vol. VI, N° 23. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Págs. 45-55
- Novelo, Victoria y otros (1986): “La Propuestas para el estudio de la cultura obrera”, en *Nueva Antropología*, Vol. VIII, N° 29. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Págs. 65-83
- Portantiero, Juan Carlos: "Gramsci en clave latinoamericana", en *La Ciudad Futura*, N° 6, Buenos Aires, agosto 1987, pp. 12-13.

- Portelli, Alessandro (1991): “Lo que hace diferente a la historia oral”, en Dora Schwarzstein (comp.) *La historia oral* Buenos Aires: CEAL. Págs. 36-51
- Pozzi, Pablo A. (2004): “*Por las sendas argentinas...*” *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi
- Pozzi, Pablo A y Schneider, Alejandro (2003): “Resistencia, cultura y conciencia: el proletariado de las catacumbas”, en Camarero, Pozzi y Schneider (Comps.) *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi. Págs. 299-324.
- Romano, Graciela del Valle (2009): *Benito, Azúcar y Sangre. FOTIA y la huelga azucarera de 1959*. Buenos Aires: edición del autor.
- Thompson, Edward P. (1989): “Prefacio”, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica. Págs. 13-18
- Thompson, Edward P. (1994) “Folclor, antropología e historia social”; en E.P. Thompson, *Historia Social y Antropología*. México: Instituto Mora, 1994.
- Torre, Juan C. (1990): “Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en Argentina”. *Anuario del IEHS*, vol. V. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
- Williams, Raymond (2008): “La cultura es algo ordinario”. En: *Historia y cultura común*. Madrid: Libros La Catarata. Págs. 37-62
- Williams, Raymond (2003): *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Williams, Raymond (2009): *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta.